

Huyendo del malón, el
óleo de Franklin
Rawson que pretende
describir una época.

La conquista del presente



Un viaje de más de 2.000 kilómetros
para reconstruir la Campaña del Desierto.

ÉSTA ES LA SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE DEL VIAJE-INVESTIGACIÓN POR LAS ZONAS QUE VIVIERON LAS CAMPAÑAS DE OCUPACIÓN DE TIERRAS QUE HABITABAN LOS INDIOS. LA HISTORIA CONECTADA A LA ACTUALIDAD: UN INTENTO DE REFLEXIONAR SOBRE NOSOTROS MISMOS.

Texto Luis Frontera Mapas María Heinberg
Fotos y reproducciones La Nueva Provincia/Eduardo Perdomo/ Archivo



DISCUTEN SI ES PUEBLO O FUERTE, nadie la llama General y la mayoría sólo le dice Roca. En la capital de Río Negro los jóvenes salen a correr, mientras resuenan las bombas que los chacareros tiran a las nubes para alejar el granizo que amenaza la cosecha de la pera. Esas personas afectuosas, que a veces comen piche o carne de potro, por las noches mantienen charlas filosóficas, por ejemplo, sobre el infinito patagónico.

Pablo Fermín Oreja (historiador y ex intendente de Roca) dice: “Yo prefiero una franja popular y federal, pero reconozco que Roca hizo la estructura de un país. De 1880 a 1920 fueron cuarenta años gloriosos para la Nación. La Campaña merece un análisis crítico. Como todo movimiento militar no fue un paseo ni un genocidio, fue un acto de fuerza”.

Hubo etapas durante las cuales “huincas” y “cristianos” convivieron. Los tehuelches, cuando las Invasiones Inglesas, ofrecieron ayuda militar que no fue aceptada. La Asamblea de 1813 abolió las formas de servidumbre indígena. Y mucho se ha difundido la frase de San Martín en 1819: “...y si no andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: seamos libres, y lo demás no importa”.

Pero los indígenas, salvo excepciones, jamás fueron aceptados como compatriotas y algunos nunca se consideraron como tales. Había dos Argentinas: una pequeña, habitada por blancos de origen europeo. Y otra más grande, la de las tribus: media Buenos Aires, parte de Santa Fe, de Santiago del Estero y de Salta, el sur de Córdoba y Mendoza y todo el Chaco, Formosa, La

Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, eran “el desierto”. Charles Darwin, en su viaje (1833-34), escribió: “Se mata a todas las indias mayores de 20 años. Sólo perdonan a los niños, que se venden como esclavos”. Para el positivismo el indio era inferior. Derrotarlo era parte del progreso.

En diciembre de 1875 las tribus de Calfucurá (80 años y treinta esposas) invadieron Tandil, Azul, Tres Arroyos, Tapalqué y Alvear. Sólo en Azul hubo 400 muertos, 500 cautivos y 300.000 animales robados. Y el 2 de enero de 1876 enfrentaron en San Carlos al ejército al mando del general Rivas: dicen que los calfucuraches llevaban banderas de Chile. Allí hubo más combatientes que en Chacabuco o Tucumán. Y entre los gauchos estuvo Juan Moreira. ☞

Por Luisa Calcumil (*)

¿QUÉ DESIERTO?

Ahí está la toponimia como testimonio de Coifique Che iem (los queridos antiguos) mapuche, tehuelche y, más al sur, onas y yamanas. Ellos habían nombrado cada risco, monte, río, laguna o volcán, en tiempos anteriores a los países Argentina y Chile. Nuestros mayores se refieren a esas épocas hablando de abundancia, paz, y dicen: “En los toldos y rucas se hablaban distintas lenguas producto de la unión y el entrevero”.

Libres como los pájaros vivían y producían migraciones materiales y espirituales, al unirse familias de distintos grupos. El hombre siempre tuvo discordia, pero entre naturales era pareja la contienda, saben decir.

Para justificar la matanza, el antiguo blanco esgrimió razones, como considerar a nuestra gente de escaso desarrollo intelectual. Su ambición occidental, sus miedos, su ignorancia y brutalidad les impidieron conocer el espíritu noble de nuestros antecesores, salvo para aprovecharse y traicionar acuerdos de paz. Pocos cronistas despojados de prejuicios e intereses han dejado registro de las excelencias de nuestros antiguos, muy superiores a los defectos inherentes a la condición humana. Imposible detallar en pocas líneas tanto horror, espanto y dolor en pos de la soberanía de un nuevo país, al que amamos aunque falte contar la verdadera historia, porque somos gente de la tierra y nos reconocemos hermanos de los que, sin tener nuestro color y apellidos, nacieron aquí y no gozan, como nosotros, de la Argentina proyectada para unos pocos.

No faltará quien descalifique estas palabras que brotan de un manantial humanista que no es nada más ni nada menos que una herencia ancestral que sólo tengo el compromiso de transmitir sin dobleces.

(*) *Actriz.*



“Reconozco que Roca hizo la estructura de un país. La campaña no fue un paseo ni un genocidio, fue un acto de fuerza”, dice el historiador Pablo Fermin Oreja.

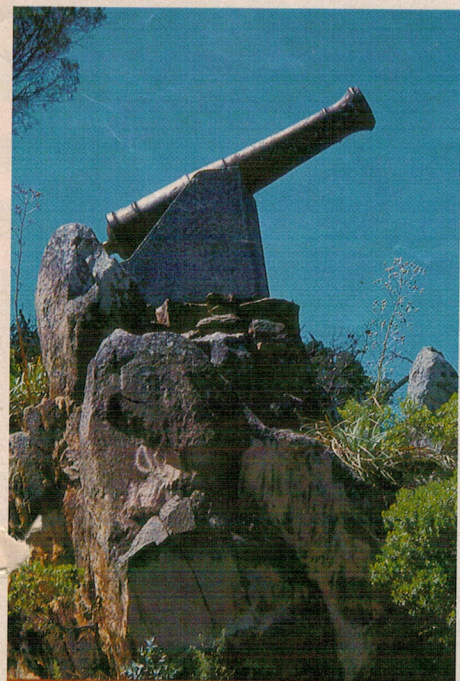
Ya en Bahía Blanca, me recibe el coronel Enrique Recchi, oficial de los ejércitos de la Argentina e Italia, asesor del V Cuerpo y de su museo, ante una maqueta de la Fortaleza Protectora Argentina: “Allí ahora está *La Nueva Provincia*. La inseguridad y la falta de comida eran habituales. Esta zona era controlada por los malones de Calfucurá y su hijo Namuncurá. Lo que robaban era llevado a Chile”. Oscar Raimondi, historiador bahiense, dice: “El ferrocarril fue un arma de ocupación. Con él y las campañas se entró en la Patagonia. Hay que recordar que hasta 1902 no se sabía si Bariloche iba a pertenecer a la Argentina”. ¿La campaña fue un genocidio? Recchi: “Genocidas fueron los indios chilenos que invadieron la Argentina. De los primeros ocupantes, tehuelches, no dejaron nada”. En enero de 1878 el coronel Levalle había embestido a Namuncurá en sus tolderías. En noviembre Catriel se rindió con más de 500 hombres. La primera parte de la campaña dejó 400 indios muertos y 4.000 prisioneros.

En 1879 ocurre lo que se conoció como Campaña del Desierto. El general Roca

parte en tren desde Azul, el 16 de abril, siendo despedido con un cóctel. Llega el 25 de Mayo a Choele Choel, e iza el pabellón argentino. Como sus tropas (6.000 soldados) no encuentran indios en todo el camino, la fanfarria, para entretenerse, interpreta a Verdi y Mozart.

Cinco caciques prisioneros y 1.314 indios muertos (entre ellos el cacique Baigorrita) son parte del primer saldo. La viruel y el sarampión suman muertes. El general Conrado Villegas termina la campaña entre 1881 y 1884. En seis años fueron muertos 2.500 indios y no quedan fronteras en el interior argentino. Pero otras tribus resisten mucho más: en 1924, en Napalpí, Chaco, los nativos esperan a las tropas danzando, porque creen que así serán inmunes a las balas: hubo 500 tiros, murieron 200 indios.

En Choele Choel pregunto si se cumplieron los objetivos de la campaña: “Pensaron que sería un vergel. Pero a la Patagonia aún le falta muchísimo”, dice María Carcioffi, secretaria de Desarrollo. El historiador Amed Chaitelli agrega: “Al ver cómo está hoy nuestro país, hay que plantear una



Los recuerdos a cada paso. El cañón en Tandil, el busto de Roca en Choele Choel, donde culminó la campaña. No habían encontrado ningún indio en todo el camino.

nueva Campaña del Desierto, para defender nuestras tradiciones y nuestra cultura”.

Chimpay es un pueblo a 5 kilómetros de allí. Pasan en “fila india” (nunca más exacta una imagen) los trabajadores golondrina llegados de San Juan para cosechar fruta. Tranquilo Zacarías me muestra un cráneo de una india joven que encontró en su campo de 180 hectáreas. Señala un lugar y nombra a un nieto de Calfucurá. Una his-

toria que merece terminar esta nota.

En 1875 el sacerdote Juan Bosco, fundador de los salesianos, envió desde Italia a su discípulo Giovanni Cagliari a la Patagonia. Al volver, llevó a Italia a un adolescente manso, del que se burlaban en el colegio (“sos un indio”), que se reúne con el papa Pío X. Su única inconducta, de niño, fue montar el caballo de un lechero y pararlo en dos patas, para asombro de todos.

Era Ceferino Namuncurá, nieto de Calfucurá. Nació en Chimpay el 26 de agosto de 1886, hijo de un cacique vencido (Manuel Namuncurá) y de Rosario Burgos (tal vez una cautiva chilena). Murió de tuberculosis en la isla de San Bartolomé el 11 de mayo de 1905, a los 18 años. Su beatificación está en curso desde 1944. Es el único indio al que –aun después de muerto– se venera en toda la Argentina. **N**